

Sev 1818

MARIA STUARD

REYNA DE ESCOCIA,

TRAGEDIA

EL CINCO ACTOS

P EDRO FUENMATOR

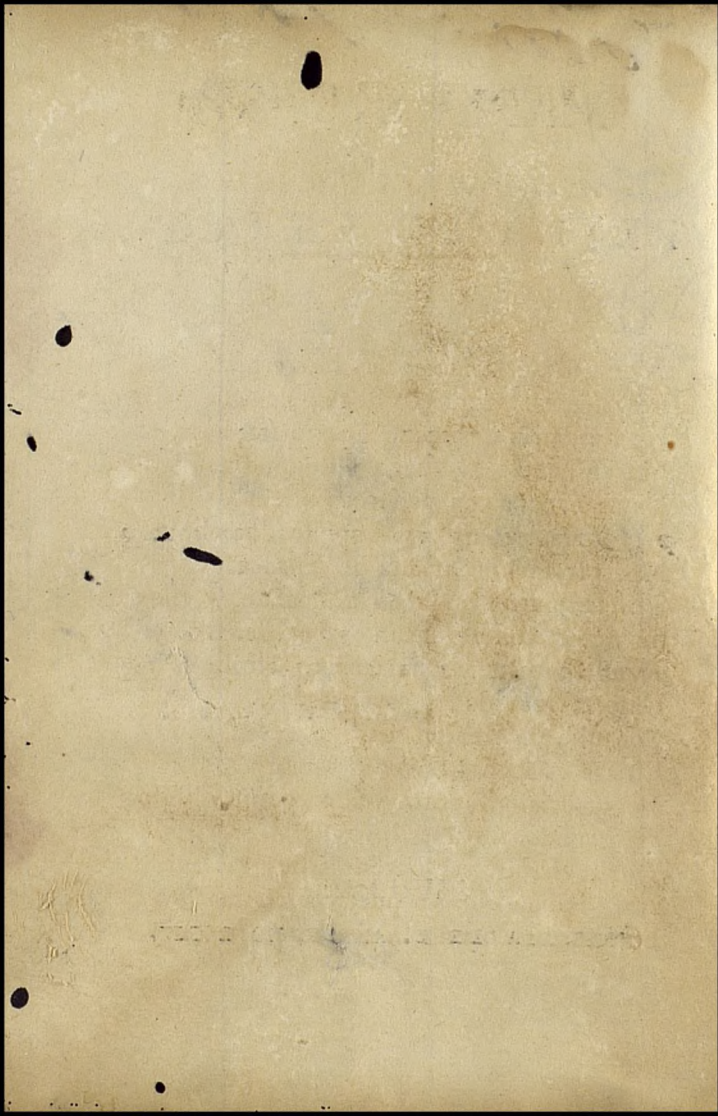
TRADUCCION

REPRESENTADA LA PRIMERA VEZ

en esta Ciudad á 19 de Enero de 1818.

SEVILLA

IMPRESA DE D. ANTONIO GÓMEZ



PIDIENDO SU INFLUJO

Á LA MUSA TRÁGICA.

Ven tu, de la memoria ilustre hija,
Melpómene sagrada, llega, llega:
No desdénés un pecho que te implora;
Mas hínchele de fuego y de osadia:
Dame evocar con poderoso aliento
Á Maria Stuard, y ante los hombres
Mostrar la hija amada de Natura.
Tus hermanas tambien la amaban, y ellas
Su dulce voz de encantos mil llenaron,
Ayuda tú esta vez mi acento débil,
Dale la suavidad y la tristeza
Con que un tiempo sus ayes resonaban
En las cóncabas bóvedas sombrías
De su prision. ¿porqué á perpetuo olvido
Han condenado los ilustres vates
Tanta virtud, tan bárbaras desgracias?
Ah, dadme que yo pueda abrir la ruta
Por dó marchando la elegante artista

Logre arrancar a un Pueblo dulce llanto.
Su espresion vencedora, rica, ufana
De triunfos de ternura, irá volando
Del eco resonante á los impulsos
Y á Petreburgo llegará, dó yace
El polvo de esta Reyna desgraciada
Bajo del frio mármol que aun recuerda
Á las generaciones su memoria.
Tres siglos de tinieblas silenciosas
En asiento eternal alli la cercan:
Apénas pudo el fragoroso trueno,
Cuando la Esfera toda conmovia
Con horrísono estruendo y espantoso,
Interrumpir tan perenal silencio
Alguna vez en tono ensordecido,
Que en breve se perdia en las tinieblas;
Tornando al punto la profunda calma
Su silencioso imperio: mas tus voces,
Ó venturosa artista, las primeras
De las que humano pecho ha despedido
Penetrarán por el espeso mármol;
Y á su encanto tal vez sus restos tristes
Se sentirán latir estremecidos,
Y Maria Stuard de nuevo aliente,
É incorpore la lánguida cabeza,
Ya del evo de sueño despertando,

Y atenta escuche su postrer desgracia
Perdida ya en su olvido ; mas ya torna
La memoria cruel y la renueva ,
Y en tí se reconoce y se enternece,
Y Maria Stuard de nuevo llora,
Y Albion llora su pasado crimen.
Tuyo, tuyo es el triunfo, ó grande artista.
¿Cómo podría mi cobarde genio
Del olvido triunfar de las edades?
¿Triunfar de la impostura?... Mas recibe;
Recibe al ménos , malhadada Reyna,
Estas ardientes lágrimas que inundan
Mi enternecida faz; yo creo veros
En el cadalso atroz que alzaros pudo
El despotismo bárbaro.... ¡que horrible!
Mas negro luto que las negras alas
De la nocturna tempestad lo cubre:
Los muros todos del salon infausto
En el mismo negror mi vista aterran.
¡Ah, que allí abandonada á los tiranos
En vano prueba tu afligido lloro
Defender tu inocencia! ¡En vano prueba
Calmar de las Euménides la rabia!
¡Vana porfia! ¡Malogrado llanto!
¿Acaso es exorable el despotismo?
Sus pechos de metal aun mas se indignan

Y á la sangrienta egecucion se aprestan.
¡Ah que ya la señal horrible hicieron
Y te relaza el pérfido verdugo!
¡Y con mano sacrílega te toca
El cuello celestial, y de él separa
Los adornos reales, y descubre
Las formas palpitantes de hermosura
A quien la rosa y cándida azucena
Su tez voluptuosa dado habian!
¡Que horror! suspende el golpe... ¿y es posible?
¿Asi á la iniquidad servis cobardes?
¿Dó está el honor? ¿dó la virtud que manda
Natura á los humanos?... ¡Mas ¿qué veo?
¿Llora el egecutor? ¿ya el triste duda
Y en la trepidacion perdido el brazo
Ya no acierta á caer?... ¿Por fin venciste,
Tierna piedad, razon abandonada?
No, que el infame en su abyeccion desoye
Su débil corazon, violenta el brazo
Y el golpe destinado á la garganta
Lo yerra indiestro y en la faz divina
Bárbaro lo descarga.... ¡horror! ¡espanto!...
Sangre humeante súbito la inunda
Y al suelo en convulsion horrible cae,
Y en balbuciente voz un golpe pide
Que de la lentitud insoportable

De la muerte la salve..... O Musa, ó Musa
Líbrame del pavor y del quebranto
Que me aterran y estúpidos embargan
Mi acento y mi razon; y al mundo pueda
En eco vividor hacer odioso
El mayor crimen del poder soberbio:
Y de la tierra los potentes Gefes
Tal vez al escucharme conmovidos,
Respetando el honor y la inocencia,
Sofocarán las bárbaras pasiones.

ACTORES.

MARIA STUARD Reyna } Sra. Alfonsa Merino.
de Escocia.

QUÉNEDA, su Aya..... Sra. Josefa Palma.

NAU, su Secretario..... Sr. Miguel Muñoz.

EL DUQUE DE NORFOL..... Sr. José Infantes.

EL CONDE DE } Sr. Gregorio Balestroni.
LICASTRES.

EL CONDE DE TROCMORTON.... Sr. José Rojo.

EL CONDE DE KENT..... Sr. José Ayala.

DOS OFICIALES..... { Sr. José Bodos.
 { Sr. Manuel Navarro.

UN CENTINELA..... Sr. Antonio Hermosilla.

DOS CRIADOS de Maria Stuard.

SOLDADOS Ingleses.

*La escena es en el salon principal de un fuerte
que se supone á las inmediaciones de Lóndres.*

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

NAU Y QUÉNEDA.

NAU.

¿Con que tan fiera su inquietud ha sido?

QUÉNEDA.

Jamas amigo imaginar pudieras
 El horror de la noche, ni las ansias
 Con que á la dulce Aurora placentera
 Invocaba mi voz desfallecida;
 Entanto que ella perezosa y lenta
 Nos condenaba en su volver tardío
 A el pavor de las hórridas tinieblas.
 ¡O Maria Stuard, tu amarga vida
 En cuánta angustia y males viene envuelta,
 Ya el despecho sus ojos inflamaba,
 Ya pálida la rabia y macilenta
 El carmin desmayaba en sus megillas.
 Ora el miedo erizaba en su cabeza
 Los suaves cabellos, y ora triste
 El desaliento amargo su faz riega
 Con el llanto afligido, mil presagios
 A sus llorosos ojos se presentan
 En todos los objetos.....

Yo recelo,
Que aun no bien estinguida la funesta
Bárbara fiebre que amagó su vida,
El corazon le agita y atormenta
Antes de apoderarse de sus miembros
Segunda vez.

QUÉNEDA.

No tal, alguna nueva
Es la que asi le aflige, que el Averno
Nunca apura los tiros que le asesta;
Alguno emponzoñado, es el que ahora
La asesina.

NAU.

Pues di ¿cuál ser pudiera
Que asi vos ignoráseis? ni ¿como
Lo ocultaria de su amiga tierna?

QUÉNEDA.

Lo oculta, no lo dudes, yo estoi viendo
De su cándido pecho la reserva
Por la primera vez; jamas los males
Con su violenta y bárbara fiereza
Agotar alcanzaron su dulzura,
Ni de su alma hermosa la franqueza.
En medio de los bárbaros tormentos
Cándida y dócil, al consuelo atenta
Enjugaba sus llantos resignada.
Mas al presente Nau ¡que diferencia!
Al descanso negada, al alimento,
Mi voz no escucha mas, y se recrea
En su aniquilacion..... mas yo la dejo
Abandonada mucho tiempo.

ESCENA II.

NAU *solo.*

¡ Ah, Reyna!

¡ Reyna infeliz, en vano de mil bienes
 Pródiga te colmó Naturaleza!
 Una hermosura celestial, un pecho
 Que la ternura, y la virtud alientan,
 Una imaginacion tan delicada
 Y en tus sienes augustas la diadema
 ¿ No han de darte la paz y la alegría
 Que á tus vasallos últimos no niega
 El destino? ¿ Será que eterno gimas
 De una horrible prision en la aspereza
 Dó espiró tu salud, y dó tu alma
 A perder su dulzura ya comienza?

ESCENA III.

EL DUQUE DE NÓRFOL Y NAU.

NÓRFOL.

Abraza Nau á tu amigo

NAU.

¡ Cielos!

¡ Es posible Señor! ¡ yo os veo!

NÓRFOL.

¡ Apenas

Me deja la alegría que respire!

¿ Que oculta magia este edificio encierra

Que así me agita, Nau? de mis ojos
 Fué descubierta en la campiña apenas,
 Cuando retemblar hizo al dócil pecho
 Mi alegre corazón en su sorpresa....
 ¿Y Maria Stuard, mi dulce amigo?
 ¿Y vuestra amable virtuosa Reyna?
 ¿Reciste las desgracias mas tranquila?
 ¿Rie en el seno de su amiga tierna?
 ¿En la dulce ilusión de la esperanza
 Ya ménos presagiosa se recrea?

N A U.

Ah, la esperanza de su triste mente
 Se aparta esquivada, y mas y mas se aleja.
 Pero su alma hermosa se sostiene
 Como la dócil caña á quien rodea
 Rabioso el uracán, y nunca logra
 Triunfar de su flexible resistencia:
 Mil veces mis consuelos obtuvieron
 Entre su llanto su sonrisa tierna;
 Mas la he visto tambien dejar su lloro
 Por llorar nuestro mal, y la indigencia
 Que la priva verternos generosa
 La abundancia, el poder, y la riqueza.
 Con la ternura y la piedad, Natura
 Grabó en su corazón desgracia eterna;
 Y sus débiles fuerzas contrastadas
 La abandonaron á una fiebre horrenda.....

NÓRFOL.

¿Á una fiebre? ¿que dices? ¡desdichado!

N A U.

No Señor ya ha calmado su violencia,

Mas debilita aun sus miembros todos
 Y hunde su alma en la cruel tristeza:
 En la negra tristeza que obscurece
 El brillo de esa espléndida belleza
 Que otro tiempo á la Europa deslumbraba.

NÓRFOL.

¡Que horror, Nau, que horror! ¿Quien ser pudiera
 Presentada al capricho del destino
 Mas digna de la dicha que le niega?
 ¡Triste Generacion, que desgraciada
 Al crimen, y al horror asi te entregas;
 Tú seras el escándalo y asombro
 De las generaciones venideras!
 Apenas podrá el hombre sorprendido
 Jamas creer que tan augusta Reyna
 Digna solo del trono y del incienso
 Ha gemido oprimida de cadenas.

NAU.

Mas de esa capital aborrecible
 Señor ¿no habeis traído alguna nueva
 Que calme nuestros míseros tormentos?
 ¿Como Isabel ha visto la inocencia
 De mi Señora?

NÓRFOL.

Ah, que no conoces

Su doblez, su misterio, su cautela;
 Ella envuelve en un velo impenetrable
 Su pensamiento, y con capciosa lengua
 Solo pronuncia generales voces
 Que el mas astuto ingenio no interpreta.
 Jamas su faz sombría inalterable

Del hondo pecho el sentimiento muestra.
 Ella vió á su pesar justificada
 En la muerte de Enrique á vuestra Reyna.
 ¿Que importa que Murrai con negro aliento
 Estendiese la nube impura y densa
 Que cubriendo su torpe parricidio
 Eclipsó de Maria la inocencia;
 Cuando sellar los labios no consigue
 Á sus débiles cómplices, que intentan
 En vano aprisionar en sus entrañas
 La terrible verdad que les condena,
 Y en el cadalso al espirar la abortan?
 ¿Cuando de Bucanano la afluencia
 Que las suaves Musas modularon
 Y él consagró sacrílego á su ofensa
 Desmentida se ve, cuando la muerte
 Rompió el sueño cruel de su conciencia?
 La aleve audacia en fin desmascarada
 Por las plumas tan sinceras y diestras
 De Herrin, Hontei, Artégatel, y Górdin,
 Y por el torpe escrito que presenta
 El veleidoso Bólfon, dó Murrai
 Garantizaba la execrable empresa,
 Cayó vencida; enmudeció abismada
 De la verdad á la imperiosa fuerza:
 Pero Isabel en tanto confundida
 Medita y calla.

NAU.

¿Y qué ninguna nueva
 Dichosa os ha traído?

Ya os entiendo:

Vos estrañais despues de mis promesas
Que á este castillo torne, despertando
De Isabel las hidrópicas sospechas
De Maria Stuard en perjuicio:
Mas ¡ah, mi dulce amigo! ¡si supieras
Cuánto ha sufrido el desgraciado Nórfol
Oponiendo su débil resistencia
Á la atraccion violenta de este fuerte,
Mansion de la virtud y la inocencia,
Donde mi corazon probó dichoso
Sensaciones tan dulces, y tan nuevas;
Dó mis ojos gozaron venturosos
De su efucion en la piadosa ofrenda!
¡O placer celestial de la ternura:
Jamás mi duro pecho os conociera
Sin el encargo horrible, y temerario
Que déspota me impuso la soberbia!
¡Ah cuánta turbacion! ¡cuánto embarazo
Estas bóvedas mismas me recuerdan!
¡Cuánto sufrió mi pecho sorprendido
Cuando al mover la inanimada lengua
Para indicar mi comision infanda
Á vuestra amable desgraciada Reyna,
Vi de sus dulces ojos desprenderse
El llanto del oprobio y la verguenza!
*¿Será posible que Isabel, decia,
Veleidosa se olvide de su oferta?
Cuando abria sus senos insondables
El Averno discordia, muerte y guerra*

Cruel lanzando á la infeliz Escocia,
 ¿No me atrajo á Albion amiga tierna?
 ¿El brazo protector así retira
 Que me arrancó obstinado de la senda
 Que á la piadosa Galia me guiaba
 Ofreciéndome armarle en mi defensa?
 ¿Será que á mis desgracias me abandone?
 ¿Será que de su asilo olvidar pueda
 La inviolabilidad, y que Natura
 Con una misma sangre á nuestras venas
 Dió el curso de la vida? ¿Que no escuche
 La voz de su deber y mi inocencia,
 Y que escuche á mis torpes enemigos?
 Mas cuando en fin mi labio la presenta
 El tribunal á que Isabel la humilla
 ¡Ah, cuánta dignidad! ¡Cuánta grandeza
 Reanimó su lánguido semblante!
 ¡Cuánto de la virtud la fortaleza
 En su faz indignada me arredraba!
 Yo temblé confundido á la presencia
 De la que en áureo cetro poderoso
 De cien provincias enlazó las riendas.
 Mas dime, caro Nau ¿no es posible;
 Mi dulce amigo ¿no es posible verla?.....
 ¡Cuál lo anhela mi pecho!

NAU.

En este instante
 La agitacion mas bárbara la inquieta
 Segun Quéneda misma me ha informado.

NÓRFOL.

¡Cuánto su padecer me desespera!

¿Y no le es dado á mi impotente mano
 Quebrantar venturosa sus cadenas?
 ¿Y no le es dado á mi tajante acero
 Estos muros abrir que la rodean?
 ¡O mil veces feliz y venturoso
 Quien redimir su cándida inocencia
 Del destino alcanzara; y mas dichoso
 Quien merecer su gratitud pudiera!
 ¡Dichoso tambien Nau, pues respira
 El ayre que de magia y paz serena
 Puebla Maria Stuard: sí amigo mio:
 Tu virtuosa desgraciada Reyna
 Ha encantado esta atmósfera, su llanto
 Llantos arranca aun á las duras piedras,
 Pero entretanto el corazon gozoso
 En dulces sensaciones se enagena.
 ¿Á qué mortal el Cielo ha concedido
 Lo que á la feliz Quéneda franquea?
 Á Quéneda que obtiene de su pecho
 La gratitud, y la amistad mas tierna;
 Y que constante, y venturosa siempre
 Su dulce acento escucha; ni la deja
 En medio de la noche, cuando á todos
 Los mortales se oculta, que á par de ella
 Goza de su presencia soberana,
 Oye sus confianzas mas secretas,
 En el seno sus lágrimas recibe,
 Y la estrecha en sus brazos! y aun resuena
 En su dichoso oido, cuando el sueño
 De la hermosa Maria se apodera,
 El respirar tranquilo y sosegado.

¡ Ay Nau qué destino ! ¡ si pudiera
 Merecer yo de él un solo día,
 Con cuánto afan , con qué placer cediera
 El resto inútil de mi vida odiosa !

N A U.

Señor, yo no creí jamas que fuera
 Vuestra amistad avara de placeres :
 Ni que en vuestros servicios por la Reyna
 Pudieran ofenderse las virtudes
 Que vuestro hermoso corazon ostenta :
 Ni causarle rubor á quien sencilla
 De un pecho generoso los creyera.

NÓRFOL.

Ay, no, mi dulce amigo, no interpretes
 Esta ilusion fogosa que me incendia.
 No asi ingrato sospeches malicioso
 De una llama tan pura. ¿Fuera afrenta
 Adorar sus virtudes triunfadoras ?
 ¿ La inmensidad de su poder debiera
 Ofender á la Reyna y mancillarme ?
 Aborrecer el mal que su alma tierna
 Asi aflige seria profanarla ?
 ¿ Dónde está el miserable que pudiera
 Ver sin dolor sus lágrimas amargas ?
 ¿ Dónde está el infeliz que no prefiera,
 Á reir con la próspera fortuna,
 De esta divinidad llorar las penas ?
 Yo, Nau, no la ofendo, y verteria
 En su favor la sangre que me alienta :
 No la ofendo, y la adoro, y me acompaña
 Dó quier su aspecto, que jamas me deja.

En medio de las bárbaras desgracias,
 Cuando la adversidad en mi se ceba,
 Y al despecho y horror guiarme quiere,
 Su imagen celestial se me presenta,
 Y me dice; *yo sufro, amigo mío,*
To vivo en el oprobio y la indigencia:
Tus desgracias no valen por las mías,
Pero á igualarnos, tu destino empieza.
 Y al punto en dicha, y en honor se tornan
 Mis males todos, y mi planta huella
 El oro altivo, y el poder soberbio,
 Y huyo la dicha y la alegría necia,
 Y amo solo el dolor, y las prisiones,
 Y las persecuciones de tu Reyna.

ESCENA IV.

EL DUQUE DE NÓRFOL, NAU Y UN CRIADO
 DE MARIA STUARD.

CRIADO.

Un caballero jóven, á este fuerte
 Acaba de llegar, y ansioso anhela
 Veros.

NÓRFOL.

¿Á quien á mí? ¿Y estais seguro?
 Pues mi oculta venida ¿quien pudiera
 Haberla penetrado?

CRIADO.

Me parece

Que es vuestro secretario.

NÓRFOL.

¡O Dios; que urgencia
Le habrá traído á este lugar!..... yo temo.....

NAU.

¿Pues que temeis Señor?

NÓRFOL.

Alguna nueva
Desastrosa y fatal.

NAU.

¡Que escucho Cielos!
Un hielo corre por mis tristes venas.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

MARIA STUARD Y QUÉNEDA.

QUÉNEDA.

¿No encontrais esta estancia mas alegre?

MARIA STUARD.

Mi Quéneda, mi único consuelo,
 Tu benéfica diestra ejercitada
 En enjugar mi llanto, en todo el tiempo
 De mi vida infeliz y desdichada,
 Es el recurso último que espero.
 No te horrorices, ó mi dulce amiga,
 De lo que te demanda mi despecho.

QUÉNEDA.

De un seno de ternura que no encierra
 Mas pasiones que amaros, ah, ¡que léjos
 Está el horror cuando tu labio trata
 De calmar esos bárbaros tormentos!
 ¡Cuando yo con la sangre que me anima,
 Ansiosa y leda os redimiera de ellos!
 Mandad mi dulce hija, y permitidme
 Este nombre pues soy tu madre al ménos,
 En amor, en ternura, y tantas veces
 Oprimí cariñosa en este seno
 Vuestros pequeños miembros infantiles.

MARIA STUARD.

Sí mi madre, mi bien, mi amor primero,
 Mi Diosa tutelar, el pecho tuyo
 De amistad tierna, y de indulgencia lleno
 Siempre por esta mísera lo he visto;
 Él dió á mi infancia plácido alimento,
 Él fué la dulce fuente de mi vida,
 Yo le he regado en mi llorar primero;
 Y despues siempre ansioso de mi dicha,
 Á los mas duros sacrificios presto,
 Y adorando mi bien y mis caprichos,
 Ha sido mi delicia y mi recreo.
 Aun me parece, ó Dios, que le diviso
 Contrastando las ondas del soberbio
 Lago de Lévin entre espuma y muerte,
 Dó por seguirme en el furor mas ciego
 Á las ondas te arrojas confiada.
 ¡Ah que bondad inconceivable, Cielos,
 Arrojarle á morir por una ingrata
 Que olvidada, aturdida en torpe miedo,
 En su fuga mezquina la olvidaba,
 Y ya partia de su vista léjos!

QUÉNEDA.

Borrada esa memoria, y solamente
 Pensemos en tu bien y en tu remedio.

MARIA STUARD.

Ay, Quéneda, yo temo que al presente
 Niegues tu oído á mi afanoso ruego
 Y tu auxilio..... mas jura amiga mia
 Jura que has de prestarte á mi deseo.

QUÉNEDA.

¿Porqué así ofendes mi lealtad, Señora,
 Con tan ingratas dudas? yo no entiendo
 Ni puedo concebir en que se apoyen,
 Pero vos lo quereis: yo condeciendo;
 Y juro obedeceros ciegamente.
 ¡Ah Maria Stuard, feliz si el Cielo
 Al limitado alcance de mi brazo
 Piadoso concediera tu consuelo!
 Yo arrostrára por él la muerte misma,
 Yo osára los mas bárbaros proyectos,
 De crímenes y horror me ennegreciera;
 Si en salvaros, Señora, y defenderos
 Cupiera crimen..... ¿pero vos confusa
 No me manifestais vuestro deseo?

MARIA STUARD.

El sepulcral horror se desvanece
 Á unos ojos que en llanto oscurecieron.
 De dulce luz cercada la alegría,
 En el ferviente júbilo riendo,
 Esas tinieblas resistir no puede,
 Ni ese profundo perenal silencio,
 Ni ese abandono de los seres todos
 Que en la mansion hundida de los muertos
 Por siempre reyna.....

QUÉNEDA.

¡Que decis Señora!

¡Que objetos tan horribles, y tan negros
 Formas en tanto que esperaba alegre...!

MARIA STUARD.

Quéneda, escucha mi postrer secreto.

Tu sabes que mis males horrorosos
Han escedido todo el sufrimiento
Que oponer pueden femeniles fuerzas.
Tú me viste perder mi Patria y cetro,
Y el adorado hijo que me arrancan
En el regaso maternal durmiendo.
Mis Pueblos me maldicen seducidos
Por el atroz Murrai que hoy violento
La tirania de Isabel egerse
En mi infeliz y dividido Reyno.
¡Ominosa Isabel, ribal astuta
Que con emponzofiado y duro pecho
Allá tu brazo oculto me dió el golpe;
Y acá en pos me encadena manifiesto!
Donde blanco á tus iras inflexibles
Me cubres de baldon y vilipendio,
Y ante el Mundo me infamas con los nombres
Del parricidio inmundo, y adulterio.
Mis amigos me huyen desleales,
Y aun la salud se aparta de mis miembros.
De todos soy odiada ó perseguida;
Y en tanto desamparo, un dulce sueño
Vino á calmar mi agitacion amarga:
Yo me via defunta, ya en el regio
Panteon de los Reyes de la Escocia,
Á la par de mi esposo Enrique Lénnox;
Y un llanto triste, un llanto compasivo,
Y un apiadado y fúnebre lamento
Por todas partes resonar se hacia
Mi muerte desgraciada repitiendo:
Aun la dura Isabel se enternecia

Apagada la envidia, que en su pecho
 Encendieron mis tristes atractivos,
 Y al trono de Inglaterra mis derechos;
 Y estas lágrimas dulces, penetrando
 Por el helado mármol de mi encierro,
 Mi corazón bañando, le inundaban
 En dulce paz de celestial consuelo.
 ¡Ah que dulce sepulcro! la memoria
 Embota allí su penetrante acero.
 Ni el por venir asusta palpitante
 Con temor afanoso, y macilento.
 Qué neda coronándolo de rosas.....

QUÉNEDA.

Ah, no sigais..... no mas..... oír no puedo
 La triste relación que me amedrenta,
 Que me asesina; tímida fallezco
 Al meditar tan bárbaros horrores,
 Al escuchar tan bárbaros estremos,
 Antes morir que á presenciarlos llegue!

MARIA STUARD.

¿Y qué pronuncia tímido tu acento?
 ¿Olvidarás perjura lo ofrecido?

QUÉNEDA.

¿Mas por qué lo decis? no os comprendo.

MARIA STUARD.

Pues oye con valor y fortaleza.
 Yo debo ya morir, ya lo he resuelto;
 Pero un miedo invencible me detiene,
 Y helado liga mis cobardes miembros.
 Este momento horrible y misterioso,
 Este ignorado y bárbaro momento

Que para siempre de la luz me arranca,
Mas constancia reclama, y mas esfuerzo.
Tres veces probó ya mi débil mano
Á hundir el duro matador acero
En mi seno infeliz, pero tres veces
De entre mi mano trémula saliendo
Cayó á mis pies. Mi amiga ;quien pudiera
Haber vencido ya! sostenme empero,
Sostenme con alientos varoniles.
Con muerte fácil un feliz veneno
Calmará para siempre mis desdichas;
Merézcalo tu amiga de tu celo,
Hazme este triste bien, Quéneda mia,
Y suplica á Isabel, que libre al ménos
De sus fieras prisiones mi cadáver.
Y á Francia se conduzca; en sueño eterno
Descanza allí mi madre virtuosa.
¡Ah cuánto me adoraba! algun consuelo
Sus cenizas tendrán cuando se unan
Por siempre con su hija, mi deseo
Lo estenderé en un pliego, y diligente
Llévaselo á Isabel en el momento
Que yo espire, mas ántes no te apartes
Ni me abandones, que espirar anhelo
Entre unos brazos que mi pecho adora,
Pues en mi faz tus lágrimas cayendo
Calmarán mis angustias postrimeras,
Y no me olvides, Quéneda, te ruego:
Viva yo en ese pecho virtuoso
Que ha sido mi alegría y mi consuelo.

QUÉNEDA.

No puedo mas ¡ó Cielos! ¡que fatigas! *se sienta.*

MARIA STUARD.

Quéneda mia, Quéneda ¡que veo!
 Un helado sudor su frente baña.....
 Yo abusé de su débil sufrimiento.....
 ¡Ay Dios si no respira!

QUÉNEDA.

Nada, nada.....

No os asustéis.

MARIA STUARD.

Amiga, ¡que funesto
 Te fué siempre mi amor! ¡ay! ¡hasta cuando
 Seré yo tu desdicha y tu tormento!

QUÉNEDA.

Nada es..... nada es..... unas fatigas
 Y..... que se yo..... mi vista cubre un velo.
 Ah, dadme vuestra mano y consoladme
 ¡Cuántas angustias en el alma siento! *llorando.*

MARIA STUARD.

Pues tornemos, tornemos dulce amiga.
 Propicio habrá de serte el movimiento:
 Y en tu lecho despues.....

QUÉNEDA.

No, no, juradme
 Que desistís del sanguinario intento:
 Que os hareis superior, constante y fuerte
 Al frenesí que ha oscurecido negro
 Vuestra razon.

MARIA STUARD.

Perdona, ni es posible

Que te engañase pérfida, ni puedo
 Renunciar la ilusion que dulce templa
 Mis males todos ¿yo arrostrar de nuevo
 La cólera implacable del destino?
 ¿Yo beber tanta hiel y yo el veneno
 Apurar que á mi vida le prepara
 En su copa horrorosa? no, mas cuerdo
 Es morir una vez que tantas veces.

QUÉNEDA.

¡Ingrata! vuestra lengua en otro tiempo
 Pronunció; que á la par de aquesta amiga
 Que sabe bien partir tus tristes duelos,
 Tu pecho solo la mitad sentia.

MARIA STUARD.

Pero mis ojos nunca descubrieron
 Tan negra perspectiva en lo futuro.
 Yo, mi adorada Quéneda, te debo
 ¡Ah cuánto amor! ¡que lealtad hermosa!
 Sin tu dulce amistad, sin tu consuelo
 ¿Cómo mi vida lánguida pudiera
 Haber hallado en las borrascas puerto?
 Pero los Cielos saben si te amo,
 Ellos que en dulce gratitud mi pecho
 Todo lo han penetrado ¿mas que vale,
 Para tu dicha, mi infeliz afecto?
 Tú sin mí ¿no serias venturosa
 Libre de las prisiones y destierros?
 Yo conozco tu amor, Quéneda mia,
 Yo se á cuánto dolor y sufrimiento
 Te arrojará mi muerte, mas tu Patria
 Te calmará, y el detenido tiempo.

QUÉNEDA.

¡Nunca sea que Quéneda presencie
 Un desastre tan bárbaro y funesto!
 Si estais resuelta al sacrificio horrible,
 Con dura mano atravesad mi pecho.
 Pues miéntras viva..... sí.... sabed que siempre
 He de oponerme á vuestro loco intento,
 Velaré sobre vos infatigable,
 Tus pasos seguiré, tus movimientos,
 Todo lo he de espiar, á toda hora,
 Y en cualquiera lugar, y en todo tiempo.

MARIA STUARD.

¿Para eso juraste obedecerme?

QUÉNEDA.

Señora perdonad, pero el primero
 De todos mis deberes, es amaros
 Y en cualquiera peligro socorremos.
 Mas decid; ya que fria, impenetrable
 Veis mi dolor ¿porqué al capricho vuestro
 Interpretáis el resto de la vida?
 Sabed que acaso favorable el Cielo
 Os guarda mucha paz, y mucha dicha:
 Vivid para la Escocia, y para el tierno
 Hijo que allá teneis, cuando le llame
 La pubertad del dilatado sueño
 En que hora duerme; que fatal angustia
 Le agitará y hasta el postrer momento
 De su vida, clavada en las entrañas
 Llevará siempre, al contemplar el fiero
 Fin desastroso que á su madre plugo!
 ¿Y decidme faltando el brazo vuestro

Quien le podrá salvar en las borrascas
De las fieras pasiones, ni qué egemplo
En vuestra religion podrá afirmarle
Contra el contagio protestante ileso?
¿Quien le trasmitirá vuestras virtudes?

MARIA STUARD.

¡Ay, hijo mio! ¡si el destino adverso
Te guarda los horrores que á tu madre,
Mas te valiera perecer primero!

QUÉNEDA.

Pues amadle, Señora y conservadle
Esa madre y en ella su consuelo.

MARIA STUARD.

Seria conservar su desdicha;
Conservarle su oprobio y su tormento.

QUÉNEDA.

Pensad que la Deidad, que tanto os ama,
De vos separa su indignado aspecto,
Tal vez su mano augusta os señalaba
Para elevar sus abatidos templos.

MARIA STUARD.

¿Y Maria Stuard encadenada
De qué puede servirle?

QUÉNEDA.

De tus hierros
Él sabrá desatar el duro enlace.
¿Dó esta tu confianza y tu respeto
En la Divinidad; cuando violenta
Osas llevar un alevoso acero,
Contra una vida que protege y mira
El Dios potente desde el alto Cielo,

Y en su egide inmortal la ha defendido
Entre tantas legiones de proterbos?

MARIA STUARD.

Cesa Quéneda, cesa. Tus razones
Me confunden, ¡ó Dios! ¿mi triste pecho
Te ofende en abatirse á las desgracias?

QUÉNEDA.

Le ofende, no lo dudes, resuelveos,
Y á su tierna piedad abandonada,
Esperad el preciso y justo premio
Que ya su diestra paternal os tiende.
Hoy mismo os ha mandado aquí un consuelo
Que aun ignorais.

MARIA STUARD.

¿Cuál es?

QUÉNEDA.

El dulce amigo
Que compasivo generoso y tierno
Tanto se ha interesado en vuestra dicha
Siempre, el Duque de Nórfol.

MARIA STUARD.

¿Si? ¿y es cierto?

¿En este fuerte está?

QUÉNEDA.

¿Quereis hablarle?

Vuelo á buscarle al punto.

MARIA STUARD.

No, no quiero

Recibirle, ni puedo la presencia
Sufrir de nadie, en tanto desconcierto.
A meditar me voy, quédate amiga.

QUÉNEDA.

Señora, perdonad, mas yo no os dejo.

MARIA STUARD.

Si déjame, no temas, voy buscando
Soledad, y tinieblas, y silencio.

Yo quiero meditar en tus razones
Y descansar mis fatigados miembros.
¿Dudas de mi verdad?

ESCENA II.

QUÉNEDA *sola.*

Ah no, tus labios
Jamás á la mentira se acogieron:
Y espero que suavisen mis razones
Esa mortal angustia, del despecho.

ESCENA III.

NÓRFOL Y QUÉNEDA

NÓRFOL.

¿Vuelve la Reyna? *turbado.*

QUÉNEDA.

Nuestro dulce amigo

¡Ah, nuestro bienhechor.....!

NÓRFOL.

Mas dí, te ruego.

¿Vuelve la Reyna?

QUÉNEDA.

No. Mas sorprendido

En tan fiera inquietud.....

NÓRFOL.

Es, que su aspecto

De horror me llenaria.

QUÉNEDA.

¿Qué amargura?

¿Qué turbacion agita vuestro acento?

NÓRFOL.

¿Tendrás valor, ó Quéneda.....? una nueva.....

A una nueva fatal dispon tu aliento.

QUÉNEDA.

¡A una nueva fatal, Señor!

NÓRFOL.

Sí, amiga:

La mas horrible que jamas oyeron

Tus oidos, la mas desesperada

Para el sensible compasivo pecho

Dó se hallan gravadas las desgracias

De Maria Stuard.

QUÉNEDA.

Señor teneos.

No la digais; que tímida y medrosa,

Con fuerza para oirla no me siento.

El hielo de la muerte por mis venas

Ya se esparce, y dilata.

NÓRFOL.

Mas vencerlo

Ó Quéneda es forzoso, que depende

La salud de tu Reyna de tu esfuerzo.

QUÉNEDA.

Pues hablad si es asi, que el Dios piadoso
Me prestará constancia y sufrimiento.

¿Ni qué podeis decir que ya no tema?

NÓRFOL.

Una resolucion del Parlamento

Á ruegos de Isabel..... condena á muerte.....

QUÉNEDA.

¡Que horror! ¡muger infanda! ¡fuego, fuego
Debió arrojar á tu nacer la tierra!

Á tan infausto horrible nacimiento

¿Porqué no llovió sangre? ¿y es posible?

¿Á Maria Stuard, Señor? ¿es cierto?

NÓRFOL.

Sí, mas salvarla ó perecer nos manda

La fogosa virtud. Amigos tengo

Que romperan osados esta guardia,

Cuando la noche con obscuro velo

La sorpresa proteja, y nuestra fuga.

Tened en tanto el ánimo resuelto

De Maria Stuard á la partida;

Mas evitando á su afligido pecho

El horror de su suerte miserable.

Ignore siempre el oprobioso extremo

De sentencia tan bárbara, y tan dura.

QUÉNEDA.

¡Ah recibid Señor el llanto tierno

Que un corazon tributa á tus virtudes!

¡Angel consolador que envia el Cielo

Á mi desamparada y triste hija.....!

NÓRFOL.

No mas, Quéneda, cesa.

QUÉNEDA.

¿Mas que suelo,
Que region ó que clima, nos aguarda
Dó no estienda Isabel su férreo cetro?

NÓRFOL.

Salgamos de este fuerte peligroso
Y al inmediato Oceano marchemos,
Pues él sabrá ofrecernos mil asilos:
La Europa toda, envidiará el consuelo
De la Nacion feliz, que recibiere
Á tal Deidad en su dichoso seno.

QUÉNEDA.

Pero Señor ¿porqué la han condenado?

NÓRFOL.

Cuando la iniquidad, del trono escelso
Rompió una vez los límites sagrados,
Y una generacion cobarde viendo
Sus desacatos bárbara sonrie
¿Qué queda que esperar? vendrá corriendo
Ciega, obstinada, temeraria, impia,
Do quier atropellando, y destruyendo:
Cual el Nilo inundante, y espumoso,
Ó cual férvido mar atroz hundiendo
Minados continentes que sepulta
De sus rabiosas ondas al estruendo.
¡Ó mengua! ¡Ó cobardia detestable!
¡Esclavo! ¡miserable Parlamento!
Órgano impuro de la tiranía:
De su alevoso brazo torpe acero

Tú que bajo de Enrique cultos mudas
 Á su placer, y te retifies fiero
 En la sangre inocente de tres Reynas:
 Que de Maria al femenil acento
 Truecas de nuevo altares, y en hogueras
 Toda Albion es un comun incendio
 En sacrificio al fanatismo inmundo;
 Á la voz de Isabel ahora atento
 ¿Otra vez cambias tu creencia, y cambias
 De víctimas? ¿y aun osas vil y ciego
 Contra la sangre augusta y adorable
 De Maria Stuard, envileciendo
 La gloria antigua de mi amada Patria,
 Y el Anglicano nombre escarneciendo.....?
 Parto, Quéneda.

QUÉNEDA.

¿Á dónde?

NÓRFOL.

Á dó me llama

La salud de tu Reyna.

QUÉNEDA.

¡En cuanto riesgo

La dejas! no tardeis.

NÓRFOL.

No temas nada:

Pues Isabel, con vano fingimiento,
 Ostenta un falso horror á la sentencia
 Que ha deseado, y ha obtenido; empero
 La guarda por si llega á sus estados
 Alguna tempestad que ve de léjos.

QUÉNEDA.

Y si es así ¿porqué tan presta fuga?

NÓRFOL.

Por verla de una déspota á cubierto:

Y por no malograr en los instantes

La precisa reserva del secreto:

Y por no respirar el aire impuro

Que ha contagiado el despotismo horrendo.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

MARIA STUARD Y QUÉNEDA.

QUÉNEDA.

Sí reconozco en vos vuestras virtudes
Libres ya de esa nube tan opaca,
Que la razon hermosa que os dió el Cielo,
Obscura la envolvía, y eclipsaba.
Volved hoy á la vida, y sed de nuevo
Nuestro bien, nuestra gloria, y esperanza.

MARIA STUARD.

¡Bajo que auspicios á la vida torno!
Puede ser que los males que me aguardan
Aun escedan á todos los pasados....
Mas mi resolucion ya está olvidada.

QUÉNEDA.

¿Y si reluce el venturoso dia
Que os ha de ver feliz en vuestra Patria?

MARIA STUARD.

Gozosa gritaré que fué tu obra
Mi valor, mi paciencia, y mi constancia;
Y que sin tus cuidados officiosos
Jamás tan dulces bienes alcanzára.

QUÉNEDA.

Pues disponeos: esta noche misma

Vais á salir de la mansion odiada
Que ¡tantos llantos arrancó á tus ojos
Y á tu pecho infelice tantas ansias.

MARIA STUARD.

¿Sueñas Quéneda? ¿acaso mi enemiga
Se saciará jamas de mis desgracias?

QUÉNEDA.

No tu enemiga, el apiadado Cielo
Es quien de sus rigores te arrebató:
No me preguntes mas, que es un secreto;
Y he jurado guardarlo reservada.

MARIA STUARD.

Ah no me desvanecen tus razones.
Tus deseos, mi Quéneda, te engañan.
¿Ignoras los peligros horribles
Que esa terrible huida acompañarán?
Jamás.....

ESCENA II.

MARIA STUARD, QUÉNEDA Y NAU.

NAU.

Señora el Conde de Licestres
Y el de Trocmórton á este fuerte acaban
De llegar.

QUÉNEDA.

Ay mi Dios lo que he escuchado. *atemorizada.*

NAU.

¿Que os asusta, si hablando de alianza
Vienen, y de alegría.

QUÉNEDA.

Si, yo temo.....

Y tiemblo, y me amedrento.....

NAU.

Nada, nada

Hay que temer. Mas un encargo mio á M. S.

Perdonad á mi celo y á mis canas.

Sin duda viene aqui para humillaros

Ese ministro que Isabel os manda;

No consintais en cosa que ofendiere

Á la clase Real: vuestra desgracia

No desmienta la sangre de cien Reyes

Que en vos circula. Ved que está clavada

La vista de la Europa en este fuerte;

Que admira tu virtud y tu constancia,

No desmayeis.

QUÉNEDA.

Ah no; que la prudencia

Mas bien de los peligros la separa.

Mejor es que opongais á la dureza

De la fiera Isabel, dulzura blanda.

Con acceder á todo, se asegura

La libertad y paz tan deseada.

MARIA STUARD.

No, Quéneda. Los Reyes observados

De todas las Naciones dilatadas,

Y á las Generaciones trasmitidos

Por los fastos del mundo y por la fama

Antes deben morir que á las edades

Indignar torpes con acciones bajas.

Nunca empuñen el cetro, ó grandes sean:

Merezcan el incienso y alabanza
 Que los hombres rendidos les tributan.
 Que es muy vil la diadema soberana
 En la frente cobarde de un esclavo.
 No temas, Nau, que Isabel me abata
 Ni aun con el duro aspecto de la muerte.

NAU.

Señora, perdonad; jamas dudara
 De tan alta virtud, yo pude solo
 Temer de la dulzura de tu alma;
 Y de ese olvido heróico con que humilde,
 Á tus vasallos últimos te igualas.

MARIA STUARD.

Nada temas, y haced que al punto entren.

ESCENA III.

MARIA STUARD Y QUÉNEDA.

MARIA STUARD.

Y Nórfol ¿es posible que marchara
 De aquí sin verme? mucho lo he sentido.

QUÉNEDA.

Pues Señora, sin duda grande causa
 Es quien le ha separado.

MARIA STUARD.

Amiga mia,
 Á su amistad he respondido ingrata.
 Él viene generoso á consolarme
 Á la mansion del llanto y la desgracia,
 Y yo cruel le niego mi presencia.

¡Que justa indignacion, en sus entrañas,
Amargo sentimiento habrá vertido!

QUÉNEDA.

Si ya ha sabido las mortales ansias
Que os destrozaban no podrá estrañarlos.
Hoy le vereis.

MARIA STUARD.

Lo dudo; pues causára
En el Gobernador su pronta vuelta
Recelos.

QUÉNEDA.

¿Y porqué? ¿la confianza,
La estimacion que siempre le ha debido
Su inocente venida la vioalra?

MARIA STUARD.

No sé: mas si tornare cuida amiga
No le detengan, pues está en mi alma
Grabada su amistad honesta y pura,
Sus respetos sumisos, sus palabras
Consoladoras..... pero ya se acercan
Esos ministros con odiosas plantas.
¡Quien evitar pudiera sus presencias!

ESCENA IV.

MARIA STUARD, QUÉNEDA, LICESTRES
Y TROCMÓRTON.

TROCMÓRTON.

La Reyna de Albion salud os manda;
Gozosa al ver que la inocencia pura

Ha terminado ya tan larga causa.
 Y de vuestras prisiones condolida,
 Y á vuestros males todos apiadada
 De sus estados ya la puerta os abre.
 Con tal que obedezcais sus soberanas
 Resoluciones.....

MARIA STUARD.

Basta; respondedle;
 Que el Cielo que al nacer me destinaba
 Al trono, gravó amor á la justicia
 Y al órden en mi pecho; pero nada
 Le inspiró de esa inútil obediencia
 No teniendo jamas que practicarla.

TROCMÓRTON.

Pues ese mismo Cielo os ha traído
 Á un fuerte, para ser en él juzgada
 Bajo las justas leyes de otra Reyna,
 En donde la obediencia es necesaria.

MARIA STUARD.

Para sufrir la dura tiranía
 Una resignacion tranquila basta.

TROCMÓRTON.

¿Tiranía llamais á la justicia
 De la Reyna?

MARIA STUARD.

¿De que justicia hablas?

TROCMÓRTON.

De aquella que á juzgaros la ha obligado
 Y tambien en su pecho está grabada.

MARIA STUARD.

Á mi vasallo último tu Reyna.

Sin romper las costumbres sacrosantas
 De toda sociedad juzgar no puede.
 Ni, ¿qué leyes, decidme, le aplicára?
 ¿Las de la Escocia que Isabel ignora?
 ¿Ó quizá las estrañas Anglicanas
 Que no ha jurado el Escoces ni admite?
 Y si á juzgar mis súbditos no alcanza
 Su autoridad ¿podrá llevarla nunca
 Á quien el Cielo en dignidad iguala
 Con ella misma?

TROCMÓRTON.

Mas pensad, Señora,
 Que siempre conocieron los Monarcas
 Por un grande derecho el de la fuerza.
 Ella es la que sola nos declara
 La voluntad del Cielo, y quien decide
 En el campo de Marte entre las armas
 Á que príncipe toca una diadema.
 Ella las dinastías dilatadas
 Trastornó á su placer, y ella es ahora
 La que os pone á Isabel, por soberana.

MARIA STUARD.

Todos los Pueblos, las edades todas
 Á los que sus derechos apoyaban
 Solo en fuerza, tiranos les llamaron.
 Y á los que sin la fuerza torpes se arman
 Del engaño falaz, de la mentira,
 Sorprehendiendo inerme y confiada
 Á la inocencia, pérfidos, traidores
 Se han dicho solo.

¿Mas de quien nos hablas,

Señora ?

MARIA STUARD.

Pues la Europa decir puede

Sobre quien caer deben mis palabras

Cuando vos lo ignoreis: la Europa ha visto

Á Isabel que capciosa derramaba

Un culto odioso en la infeliz Escocia :

Que con él la discordia emponzoñada

Dividiendo los ánimos unidos

Con teas inflamantes devoraba.

Que me lanza á Murrai en pos, enchido

De sus eternos odios, quien me arranca

Á mi adorado esposo, y me ennegrece

Ante los Escoceses que me amaban;

Y me hace detestable, y me denuncia,

Y de cadenas bárbaro me carga;

Que en vano rompe el apiadado Cielo,

Pues mis fuertes amigos ya no bastan

Á tanto agente que Isabel envia.

Y vedme en fin de nuevo abandonada,

Sin esposo, sin gloria, sin amigos,

Con sola mi inocencia y mi desgracia;

Pero aun me queda un deudo compasivo

En el augusto trono de las Galias

Que me tiende benéfico su diestra,

Y protector, y sincero me llama;

Viérase entónces á Isabel, robando

De la amistad las férvidas palabras,

El amor ostentando y la ternura,

Y ocultando el horror en las entrañas,
 Ofrecerme su asilo poderoso,
 Mi restablecimiento, mi venganza,
 Y una fé incorruptible, y cuanto pudo
 Seducir á esta triste infortunada.
 Llevadle esta sortija á su presencia *se la quita.*
 Recuerde las promesas sacrosantas,
 Los altos juramentos con que entónces
 Su lengua á mi defensa la obligaba;
 Ella me la mandó, por gage eterno
 De su amor, de su fé, de su palabra *se la dá*
 Observadla y vereis que en una piedra
 El corazon amante me enviaba.
 Dádsela y vea en ella los derechos
 Que tiene para hacerme su vasalla.

LICESTRES.

Pero Señora cesen ya las quejas
 Que vuestro pecho accidan y lo amargan,
 Nuestra Reyna de nuevo solicita
 Vuestra amistad, y aun quiere eternizarla:
 Os da la libertad, pero entre tanto
 Con ciertas condiciones se resguarda.

MARIA STUARD.

Mas decid, si en el pecho de la Reyna
 La fé sincera, y la equidad hablarán
 ¿Me vendiera jamas á condiciones
 La libertad que es mia y me arrebató?
 ¿Quiere hacerme su cómplice, ó desea
 Que yo me compre cual si fuese esclava?
 ¡Y aun habla de amistad! ¡Y aun no conoce
 Que un nombre tan sagrado lo profana!

¡De amistad que es la sola pertenencia
De las sencillas y las tiernas almas!

TROCMÓRTON.

Señora aborreced á vuestra prima
Isabel, si las iras enconadas
En vuestro pecho perdonar no pueden
Las heridas que agitan y dilatan;
Pero á la Reyna de Albion...creedme *con intencion*
No así la aborrezcais Señora; amadla.

MARIA STUARD.

Los odios y las iras en mi pecho
Nunca alcanzaron favorable entrada.
Él es tan tierno, que pasiones duras
No pudiera sufrir, se destrozará.
Solo en la dulce gratitud se goza.
Los buenos solo, y la virtud le encantan;
Y de los malos, y del crimen huye,
Y un dulce olvido de su horror le salva:
Mas si en esta costumbre favorable
Á Isabel vuestra Reyna no alejára,
¡Á que tristes y horribles sensaciones
De escándalo y furor me abandonara!

LICESTRES.

Mas ¿no amareis al ménos á una prima
Que hoy amiga os devuelve á vuestra Patria,
Y generosa, y protectora os sube
Á un trono que el destino ya os cerraba;
Aunque quiera tratar con vos primero....?

MARIA STUARD.

Á Maria Stuard encadenada
No le es posible concluir tratados.

Si me vé como reo, como esclava
 Vuestra Reyna Isabel ¿ha de bajarse
 Á tanta humillacion, á mengua tanta?
 Mas si en mi frente acaso ha divisado
 De la insignia Real la antigua marca
 ¿No advierte que este fuerte que me aflige,
 Que me consterna, y mi razon embarga
 No me deja prever los intereses
 De la distante Escocia: que privada
 De su consentimiento y su consejo
 Tratado tan informe no aceptaran
 Los Escoceses? Dile á vuestra Reyna
 Que si tratar desea con mi Patria
 A quien lleve las riendas se dirija
 Que es el que solo puede contestarla.
 Mas si conmigo, me liberte ántes
 De su dura opresion.

LICESTRES.

¿Porqué obstinada
 Contra vos misma, desdefñais esquivar
 La dicha y la salud que se os prepára?
 ¿Cuando os muestra su risa placentera
 La alegria, quereis menospreciarla?
 Isabel se dirige á vos, pues sola
 Podeis vos responder á su demanda.
 Ella ante los Estados Generales
 Que renunciéis pretende la esperanza
 Y el derecho del trono de Inglaterra
 Vuestro, de vuestro hijo, y vuestra casa.
 Quiere pues, que los templos Luteranos
 Gozen tu proteccion, y que en sus aras

Vos ofrezcais incienso reverentes;
 Quiere que sea vuestra mano dada
 Á algun vasallo suyo, y aun ya busca
 El mas ilustre y digno de lograrla:
 Quiere que general vuestra amnistía
 Garantice á la Escocia de venganzas;
 Y que Jacobo vuestro tierno hijo
 Pasando á su poder la satisfaga
 De vuestro cumplimiento. ¿Veis Señora
 Que la respuesta en vos está cifrada,
 Y que en vano Isabel se dirigiera
 Al Regente de Escocia?

MARIA STUARD.

Pues llevadla:

Ya os la di.

quiere irse.

LICESTRES.

Perdonad, mas yo temiendo

De mi Reyna la cólera enojada,
 Que causaros pudiera tal ruina,
 Si contra vos violenta se estrellara,
 Os suplico que en tanto que esperemos;
 En la tranquila paz y confianza
 De vuestros servidores, pruebes darnos
 Una contestacion ménos amarga.

MARIA STUARD.

Vos podeis esperar, mas yo os advierto
 Que mi respuesta única está dada.

ESCENA V.

CONDES DE TROCMÓRTON, Y DE LICESTRES.

TROCMÓRTON.

¡Que orgullosa muger!

LICESTRES.

Ah no Trocmórton

Dí mejor que Deidad tan soberana.

TROCMÓRTON.

Ménos fiera debía, y mas prudente
En la noche fatal de su desgracia
Dirigirse á la luz de la prudencia;
Calmar á nuestra Reyna mas humana
Alejándose humilde y complaciente
Esa nube que truena, y la amenaza.
¿Vencer con las razones que le importa?
¿Á que ese vano triunfo de palabras,
Si ella impotente y mísera depende
Y en sus cadenas mas y mas se enlaza?

LICESTRES.

Ella podria mejorar su suerte
Si á la Reyna Isabel se abandonara,
Mas ¿cómo puede un alma virtuosa
Hundirse en la bajeza de una esclava?
Prudente fuera no irritar soberbia
Á quien puede abismarla en la desgracia;
Pero muy torpe que una augusta frente
Á los pies orgullosos se postrára
De otra Reyna su igual.

¿Su igual, Licestres?

¿Pues qué tu horror tan ciego te borraré
La gloria de Isabel? esa infelice
A quien apenas una sombra vana
De la clase Real la favorece
En tu obsecado olvido ¿la comparas
Con la Reyna mas grande que vió el Orbe,
Con la que fuerte, varonil y sabia
Eleva nuestra Patria al alto grado
A dó llegar no pudo la esperanza?
Su poder y su industria, en toda parte
De su gran genio creador nos habla;
Eternos monumentos de su gloria
A cada instante y sin cesar se alzan,
Las industriosas artes, y las ciencias
Nacen bajo sus manos soberanas.
De Drack y Cándish la alta gloria es de ella
De ella han sido las gracias delicadas
De (*) Sécsper y de Spénser inmortales
Y de Grésham la fábrica admirada.
Los cabos y las costas peñascosas,
Los golfos y las zonas abrasadas,
Y el yerto Polo sepultado en nieve
Que un Sol tímido y débil no desata;
Las mares todas de sus altas naos
Por la primera vez se ven pobladas.
Gloria y victoria es de Isabel la guerra,
Y su paz alegría y abundancia.

(*) *Shakespear.*

LICESTRES.

No lo dudo, sé bien que nuestra Reyna
 En manejar el cetro astuta y sabia
 Regenera á Albion y la engrandece;
 Mas por eso ¿seria soberana
 De la Reyna legítima de Escocia?
 ¿Ella que aun no se encuentra bien sentada
 En el augusto trono que engrandece?
 Bien sabes, que bastarda declarada
 Por Enrique su padre, se veria
 Por su víctima misma despojada
 De la Real diadema, si ésta activa
 Poderosos apoyos impetrara
 Que sólidos sus fuerzas sostuviesen.

TROCMÓRTON.

Pues esa, esa es la mayor desgracia
 De Maria Stuard, su limpio origen
 Que á nuestra Reyna temerosa alarma.
 El solo ha fulminado la sentencia
 Del Parlamento, y es quien la arrebató
 Al último desastre, no lo dudes.

LICESTRES.

¿Pues osas tu esperar que se manchára
 Isabel con la sangre de una Reyna?
 Y á la posteridad ¿asi dejára
 Infamado su nombre esclarecido?
 Ella del Parlamento ver ansiaba
 La opinión, cuando supo que Maria
 Ardientes vengadores procuraba,
 Mas no creyó jamas que sentenciase
 Este Senado de osadia estraña

Cabeza tan sagrada, tan augusta.
 Y ella mostrar al Universo ama
 El horror con que ha visto tal sentencia.
 ¿Y sino para que nos encargara
 De este tratado? ¿Para que su labio
 Tan dulce perspectiva me mostrara?
 Al ofrecerme en maternal acento
 De Maria Stuard la mano alta,
 Y el trono de la Escocia, y tanta dicha
 Como en su dulce oferta se encerraba?

TROCMÓRTON

Yo no lo sé, Licestres, mas recelo
 Que un dulce horror adora vuestra alma.
 ¿Aunque Isabel quisiera tu ventura
 Su poder te parece que bastara?
 ¿No reparaste al pronunciar tu labio
 A Maria Stuard, que ya buscaba
 Nuestra Reyna un vasallo el mas ilustre
 Que para esposo suyo destinaba,
 Como un disgusto odioso y altanero
 Su faz enrogecia, y humillaba
 Su abochornada confundida vista?
 ¿Piensas triunfar de su altivez estraña?
 ¿Piensas que nunca tal tratado acepte?

LICESTRES.

¡Ah, cuánto desfallece mi esperanza!
 Mas ¿y Nórfol?

TROCMÓRTON.

De Nórfol..... se decia,
 Que Maria Stuard se recreaba
 Al ver correr el llanto en las megillas

De ese bravo guerrero, mas helada
Debe estar su pasion pues él no viene
Á este fuerte jamas á visitarla
Pero el gobernador..... ¿hemos de verle?

LICESTRES.

Vamos, sí, que en su estancia nos aguarda.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

EL DUQUE DE NÓRFOL Y NAU.

NÓRFOL.

¿Con que la voy á ver, mi Nau amado?

NAU.

No lo dudeis, pues Qué neda officiosa
Vino á decirme, que entornando, al punto
Os llevase á la Reyna mi Señora,
Que de haberse ocultado á vuestros ojos
Estaba pensativa y pesaroza.

NÓRFOL.

¡Ó Cielos que alegría! ¡que ternura
Me estremece, y agita el alma toda!
¡Que generoso corazon!

NAU.

Al punto

Voy á anunciaros.

NÓRFOL.

Esperad, que ahora

Quizá en venir aquí se incomodase.

NAU.

Pues sígueme veréisla donde mora
Mas comunmente

NÓRFOL.

No me atrevo..... atiende.....

NAU.

¿Mas que temeis? ¿que es lo que asi os transtorna?

NÓRFOL.

Yo, Nau, no lo sé; mi alma ansiaba
 Gozar de su presencia encantadora
 Y ya que me aproximo estoy temblando.

NAU.

¿Pero que resolveis?

NÓRFOL.

¿A toda hora

La Reyna aquí no viene? pues, amigo,
 Mejor es esperarla.

NAU.

Mas si ignora

Vuestra llegada. ¿No advertis que acaso
 Estará su venida muy remota.

NÓRFOL.

Pues prevenidle, amigo, que la espero.

ESCENA II.

NÓRFOL *solo.*

¡Ó alma mia- ó alma venturosa
 A hablarle vas al ídolo adorado.
 De la hermosura y las virtudes todas
 Vas á ver el divino santuario!
 ¡Ó cuantas veces triste y enojosa
 Anhelaste un momento tan dichoso!
 ¡Ó tú Divinidad, ó tú que moras

En el celeste, en el inmenso Alcázar,
Y desde allí con diestra poderosa
De los mundos ordenas los destinos;
De Maria Stuard, Señor, reboca
La sangrienta sentencia que así insulta
Esa tu tolerancia silenciosa.

ESCENA III.

MARIA STUARD Y NÓRFOL.

MARIA STUARD.

¿Porqué temia mi mejor amigo
Que yo viese su faz consoladora?

NÓRFOL.

No queria aumentaros importuno
Vuestras molestias duras y enfadosas.

MARIA STUARD.

No así ofendais mi gratitud dudando.
¿Pues qué la justa estimacion forzosa
De un pecho agradecido así olvidais?
¿Mil veces ya no os dije que las solas,
Las solas manos de mi amiga y vuestras
La Providencia destinó oficiosa
Para enjugar mis llantos afligidos?
¿Pues como ahora vuestra duda osa
Contra un pecho que nunca ha sido ingrato?
Antes, yo lo confieso vergonzosa,
Cuando llegué á saber vuestra venida,
Hallándose mi vista tenebrosa
Incapaz de sufrir la luz del día

Y solo amando soledad y sombras,
 Para un momento mas tranquilo quise
 Diferir el miraros; mas la odiosa
 Bárbara angustia ya calmó su acceso;
 Y aun os puedo afirmar que en esta hora
 No existen mis desgracias, pues la dulce,
 La suave amistad me ocupa toda.

NÓRFOL.

Ah, contestar no puede el labio absorto
 Á vuestra voz amiga y generosa;
 Del corazon sensible las palabras
 Mis agitadas fauces las devoran,
 Pero él os responde en este pecho
 Que en su latir inquieto me destroza.....
 Mas decidme ¿será que abandonada
 Á la melancolia destructora
 El lozano vigor háyais perdido
 De vuestra antigua robustez hermosa,
 Y Maria Stuard benigna y dulce
 Á todos los mortales ¿rigorosa
 Será para sí misma, abandonada
 Á tanta postracion?

MARIA STUARD.

¿Y no es forzosa
 Mi amigo en este pecho contrastado
 De una eterna desdicha rencorosa?
 Si alzo la vista al 'Cielo, solo miro
 Mil dilatadas nubes tormentosas
 Que se estienden, se unen, y se enlazan
 Teñidas en el luto de las sombras;
 Por dó nunca penetra un solo rayo

De esperanza ó de luz consoladora.
 Mas Isabel decidme ¿habeis sabido
 Porque de mi amistad se acuerda ahora
 Y sus ministros á este fuerte manda,
 Con mil proposiciones vergonzosas,
 Insultando soberbia mis desgracias?

NÓRFOL.

Ya lo he sabido todo, si Señora.
 Isabel teme mucho al Vaticano,
 Pues que de su obediencia ignominiosa
 Á sus vasallos oprimidos libra;
 Ella de su nacer tampoco ignora
 La indigna humillacion; bien ve confusa
 Que Albion vuestro nombre ilustre adora;
 Y sagaz quiere la libreis vos misma
 Del bárbaro temor que la devora.
 Mas su solo interes no es el que sigue

MARIA STUARD.

¿Pues á quien su política capciosa
 Favorece?

NÓRFOL.

Á quien siempre ha protegido
 Á su ahijado Licestres..... mas Señora
 Permitid selle el labio mi respeto.

MARIA STUARD.

¿Y porqué? ¿Que me ofenden las personas
 Que sin mi voluntad ni mis avisos,
 Á su placer, por alvedrio obran?
 Nada temais, decidlo.

NÓRFOL.

Pues Licestres

Es destinado al trono de la Escocia,
 Y á vuestra mano.... ¡ah.... no luzca el dia
 En que union tan horrible y afrentosa
 Mis deslumbrados ojos percibiesen!
 ¡Cual gritaria la indignada Europa,
 Que un príncipe no tiene de vos digno,
 Al recibir tu mano poderosa
 Su mano abyecta!

MARIA STUARD.

No, mi caro amigo;

Jamas la tiranía rigorosa
 Dispondrá de mi pecho, ni mi diestra:
 Mas tampoco será que al fin piadosa
 Rompa mis hierros, no: de mi destino
 Yo escucho la voz fúnebre y medrosa
 Que prisiones y muerte solo anuncia.
 Jamas las iluciones presagiosas
 De mis fieras desdichas me engañaron;
 Yo se que estas paredes enojosas
 Y estas bóbedas mismas que me cubren
 Recibirán las últimas congojas
 Y los postreros ayes de mi vida.

NÓRFOL.

¿Mas porqué os entregais, asi Señora,
 Á la negra y cruel melancolia
 De monstruos y de horror engendradora?
 ¿Quien os predice tan fatal anuncio?

MARIA STUARD.

Mis miserias sin fin, mi vida toda
 Ludibrio de las bárbaras desgracias,
 Si á lo pasado mi memoria torna

Oigo en sordo rumor de las borrascas
 La lamentosa voz confusa y fonca,
 Cual de un lejano golfo embrabecido
 El clamor conducido en las undosas
 Alas del Austro. A veces me transporto
 A la noche mas triste y tenebrosa;
 Truena mi alcázar en facciosos gritos,
 Las hachas, y las armas brilladoras
 Hieren mi vista, y ante el pecho mio
 Se encuentran, se rechazan rencorosas
 Las agudas espadas centellantes;
 Y mis ministros á raudales brotan
 Á mis plantas la sangre de la vida,
 Y á sus ojos envuelve eterna sombra.
 En pos asusta mi sensible oído,
 Esa detonacion tan horrorosa
 Que un Palacio fulmina por los aires,
 Y en él mi esposo y mi alegría toda,
 Á quien la destruccion en solo un punto,
 En débil llama, y en cenizas torna.
 Ora se alza un brazo parricida,
 Y ya va á herir mi seno, y me perdona
 Arrancándome firmas y renunciass;
 Ora á una obscura cárcel afrentosa
 Me arrastran y allí Dómglas en mí apura
 La hiel de sus entrañas ponzoñosas;
 Ora en fin mi enemiga que enviaba
 Los males todos á la triste Escocia
 Me atrae á sus prisiones y sepulta
 Por siempre mi esperanza y mi persona.
 ¿Y aun quiere Nórfol que me anuncie bienes?

¿Porqué he de desoir la voz medrosa
Que me llama del fondo silencioso
De mi sepulcro á sus tinieblas hondas?
Otro descanso mi cruel destino
No quiere concederme.

NÓRFOL.

Pues Señora

La dicha, y la alegría, y la venganza
Os presagia mi lengua venturosa,
Á pesar de esos males horrorosos
De que ha triunfado vuestra fuerza heróica.
No siempre el Cielo la maldad tolera.
No: volveréis al trono poderosa,
El detestable crimen castigando.

MARIA STUARD.

Pues si la suerte ingrata al fin piadosa
La inesperada libertad me diera,
¿Pensais que nunca la diadema odiosa
Atormentára mi cansada frente?
¡Jamás! La soledad, la paz hermosa,
Los campos melancolicos y dulces
Serian mi delicia y dicha toda.

NÓRFOL.

No digais tal, Señora, disponeos
Á una vuelta feliz á vuestra Escocia,
Resolveos intrépida á la fuga,
Pues esta noche con sus densas sombras
De la dura opresion ha de sacaros:
Mas no penseis en la quietud ociosa,
Ni en un profundo sueño asi olvidaros
De las heridas fieras y enconosas

Con que la iniquidad ha destrozado
 Vuestro pecho infeliz; cruel, sañosa,
 Reynad en vuestros Pueblos delinquentes;
 Confundid la mentira maliciosa;
 Purificad los ayres y la tierra,
 Con la sangre perjura y alevosa
 De los que maldicientes, infamaron
 Vuestras virtudes con blasfema boca;
 Pensad que no hay perdon á los malvados
 Sin complicarse á su maldad odiosa.

MARIA STUARD.

Si yo, Nórfol, siguiera vuestro aviso,
 Fuera mi libertad mas horrorosa
 Que la erupcion violenta del Vesubio,
 Ó del Etna la llama abrasadora.
 El uracan que fiero se desata
 De las cimas altísimas fragosas,
 Ó el rayo que estruéndoso se despide
 De la soberbia nube tenebrosa,
 No es á las tiernas plantas tan contrario,
 Ó á las ovejas tímidas medrosas
 Cual es á su Nacion el fiero enojo
 De un Príncipe en pasiones rencorosas
 Respirando venganzas, que persigue,
 Que proscribe, destierra, y aprisiona,
 Y levanta cadalsos horriblosos,
 Y una mitad su cólera devora;
 Llevando con el resto miserable
 Á otro estado la guerra y la discordia:
 Mi horrible libertad seria entonces
 El llanto general y la congoja.

Ah, no mi dulce amigo ¡de mi léjos
 Una imagen tan negra y horrorosa!
 ¿Yo el hacha de los míseros humanos?
 ¿Yo seria temible y espantosa,
 Cuando prefiero deshacerme en llantos,
 A exitar una lágrima tan sola?

NÓRFOL.

¡Ay Señora que fuerza irresistible
 Anima vuestra lengua virtuosa
 Que así en mi pecho de venganza enchido
 Calma suave las pasiones todas!
 Vos sabeis trasmitir á un pecho fiero
 Vuestra virtud benéfica, y heróica;
 Ya conozco cuan grande, cuan sublime.....
 Cuanto aumentara vuestra misma gloria
 Perdonar á esos torpes enemigos,
 Y abandonarlos á la atroz zozobra
 De sus remordimientos implacables,
 Pudiendo vos vivir feliz, dichosa,
 Á pesar de la dura tiranía.

MARIA STUARD.

Ó ceder á la fuerza impetuosa
 Del destino contrario, y oponerle
 Una inflexible alma vigorosa.
 Goce Isabel de mis amargos llantos,
 Goce de mis desgracias orgullosa
 Que aun me queda en el pecho la inocencia,
 Y mi alma tambien con ella goza.

NÓRFOL.

Eso no, que en mi pecho se despierta
 Nuevamente la ira vengadora

¿Vos perdonais los crímenes inmundos
 É Isabel tus virtudes no perdona?
 ¡Odio á la tiranía! ¡guerra eterna
 A la maldad astuta y opresora.....!
 El alto Cielo que mi pecho inflama,
 No lo dudo, va á daros la victoria.

ESCENA III.

MARIA STUARD, QUÉNEDA, NÓRFOL, LICESTRES
 Y TROCMÓRTON.

LICESTRES.

Nos llama nuestra Reyna y nos encarga
 Que el tratado ocultemos, mas Señora,
 Vos ya le habeis sabido, que el secreto
 Lo ha dejado patente la demora
 De esta su nueva órden, y aunque absorto
 La misteriosa causa desconozca,
 El corazon me inspira proponeros
 Que os ostentéis mas fácil y mas pronta
 A las proposiciones que retira,
 Pues cuando se informase de mi boca
 Que al fin vos las oiste, sabrá al ménos
 Que á todas os prestábais gozosa,
 Y tal vez otro dia la inclinemos
 Á transigir con vos: pensad Señora.....

MARIA STUARD.

Y que ¿será posible que tan ciego
 Huyais de la razon, y me propongas
 Me postre ante los pies de vuestra Reyna

Solo porque me escuche desdeñosa,
 Negar la religion en que he nacido,
 Renunciando cobarde y temerosa
 De mi cuna y origen los derechos;
 Pidiéndole cadenas ponderosas
 Para los tiernos miembros de mi hijo?.....
 Y todo por salvar mi vida odiosa
 Que casi ya se apaga? no, decidle
 Que Maria Stuard Reyna de Escocia
 Tales propuestas escuchó indignada.

ESCENA IV.

NÓRFOL, LICESTRES Y TROCMÓRTON.

TROCMÓRTON.

¡Que asi al desprecio á nuestra Reyna espongas
 De aquesa prisionera! ¡que te goces
 En humillarla á su soberbia loca!

LICESTRES.

Á Maria Stuard salvar quisiera.....
 Vos Nórfol ¿no pudierais con piadosa
 Amistad convencer su entendimiento?

NÓRFOL.

¿Que pronunciais? ¿Mi lengua seductora?
 ¿Yo al crimen y torpeza inclinaria
 A una Reyna tan grande y virtuosa?
 Ved que mi pecho las virtudes ama,
 Y tan bájó exigir me deshonora.

TROCMÓRTON.

Pues que ¿será maldad aconsejarla

Que á su fiero destino, dulce oponga
La fácil suavidad que al fin la salve?

NÓRFOL.

Fuera maldad villana y alevosa.
¿No persibe tu vista obscurecida
Cuanto se infama la virtud hermosa,
Cual se desmiente en el cobarde miedo,
Cuando ya pusilánime, se postra
Á los pies fementidos de un tirano,
Y con cobarde incienso le sofoca?
¡Infeliz, infeliz el miserable
Que fió su salud á tal deshonra!
¡Infeliz el que estúpido y malvado
No se asusta de vista tan odiosa!

Va á salir pero se detiene.

TROCMÓRTON.

Mirad que heris con penetrante lengua
Á la Reyna Isabel nuestra Señora.

NÓRFOL.

Ella misma, ella misma es quien se hiere,
Ella sola dispone de su gloria:
No depende de mí, ni de mi labio
Que solamente la verdad adora.

LICESTRES.

Vamos, Trocmórton, que Isabel nos llama.
Y pues la humanidad, que poderosa
Habla en nuestros pechos así indigna,
Á Nórfol y á la Reyna de la Escocia;
Dejemos al destino venidero,
Que á su placer de su salud disponga.

TROCMÓRTON.

Á Maria Stuard perder pudiera,
Nórfol, ese furor que así os trasporta,
Y á vos á un vil cadalso conduciros
Pero es mi alma noble y generosa.

ESCENA V.

NÓRFOL *solo*.

¿Es noble, y como un grande vencimiento
De no ser delator así blasonas?
¿Y á tan pequeños abatidos hombres,
Deslumbrada Isabel, así te asocias?

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

MARIA STUARD Y QUÉNEDA.

QUÉNEDA.

¿Pero porqué, Señora, con dulzura
No habeis á los ministros contestado?
Que el despecho, la rabia y el enojo
Gritaba en sus aspectos exaltados,
Segun Nau les vió cuando partian.

MARIA STUARD.

No está en mi arbitrio, amiga, no me es dado
El arte de ocultar mis sentimientos.
Ni pudo nunca el corazon llagado
Á mi labio prestrar razones blandas.

QUÉNEDA.

Ay que hermoso, Señora, es el engaño,
Y el doblez malicioso, y la cautela
Para ponerse de la intriga á salvo,
Y para contestar á las personas
Que verdad inocente nunca hablaron.

ESCENA II.

MARIA STUARD, QUÉNEDA Y NÓRFOL.

NÓRFOL.

Señora, perdonad si yo interrumpo
 Vuestro coloquio. El Cielo ha declarado
 Ya su hermosa justicia, sí, dejadme
 Arrojar á tus pies y saludaros
 Como Reyna de Escocia y de Inglaterra.

MARIA STUARD.

¿Que horror, mi caro amigo, ha deslumbrado
 Vuestra razon?

NÓRFOL.

Ninguno, nada dudes,
 Á la dulce alegría abandonaos,
 Yo vengo cual la tea luminosa
 En ocultas cavernas disipando
 Las eternas tinieblas que reinaban.
 Ya la salud, y la victoria os traigo,
 Pues Felipe segundo, en este dia
 Con su poder inmenso va á vengaros.
 La mar estensa ocultan sus bageles
 Que á este fin de Lisboa se arrancaron,
 Conduciendo las ínclitas legiones
 Que á la vencida Europa han admirado.
 Allí el Duque de Alba, allí el insigne
 Alejandro Farnesio, y esos rayos
 De la victoria ya las lanzas vibran.
 Allí vienen los héroes esforzados

Que un dia en San Quintin y Gravelines,
 Y en diversas jornadas, ensayaron
 Mis brazos á romper falanges fieras,
 Y mi frente feliz acostumbraron
 Al dichoso laurel, y aun no son solos;
 El gran Duque de Parma, ya apostado,
 Espera en Flandes la señal dichosa
 Para caer sobre Albion volando.
Viva de Enrique Séptimo la nieta.
 Vienen gozosos sin cesar gritando.
Viva Maria Stuard, de la Inglaterra
Reyna feliz, que en su feliz reynado
Los Católicos Templos restablece.
 Y en pos tambien los pechos indignados
 Lanzan contra Isabel su hiel amarga,
 Y bastarda, y tirana del estado,
 Y de su Reyna bárbara opresora
 La nombran en su cólera exaltados.

MARIA STUARD.

Señor, todo me admira y sorprehende;
 Pues ¿que interes tan poderoso y arduo
 Por esta desgraciada, enardeciera
 Asi á Felipe, que tranquilo, helado
 Me ha visto padecer tan largo tiempo?

NÓRFOL.

De causas muy pequeñas resultaron
 Á veces los efectos mas felices,
 Que en un origen noble se negaron.

MARIA STUARD.

No os comprehendo.

Perdonad, Señora,
 Perdonad un silencio dilatado
 Que, respetando tus serenos dias,
 Mi temeroso labio ha conservado.
 Yo temí que naciese en vuestro pecho
 La agitada esperanza, perturbando
 Inquieta vuestros dias infelices,
 Y del éxito próspero dudando
 No quise mas horrible y espantoso
 Tornaros este fuerte, presentando
 Tan dulce perspectiva á vuestra vista;
 Ni con luz tan espléndida alumbrando
 Dejar mas ciegos vuestros tristes ojos
 Si para siempre la apagaba el hado.
 Mas sabed..... me averguenzo de decirlo,
 Pero..... el Cielo buscó mi débil brazo
 Para restableceros, y asi mismo
 Levantar sus altares humillados.
 Yo pude convencer al Rey Felipe;
 Ó la santa verdad que habló en mi labio.....

MARIA STUARD.

¿Que decis? ¿vuestro pecho generoso
 Arrostró los peligros temerarios
 De una empresa tan ardua y arriesgada?

NÓRFOL.

¿Que pronunciais Señora? ¿tan bastardo
 Fuera mi pecho que peligros viera
 Al buscar tu salud? si procurando
 De laurel una rama miserable
 Otro tiempo la vida he prodigado,

Y amaba los combates ¿Os parece
Que por vos de mi sangre fuese avaro?

QUÉNEDA *con vehemencia.*

Ah que un súbito horror me desconcierta:
Día de luto funeral y espanto
Va á ser el triste día de tu gloria.
Ó Maria Stuard, el Cielo santo
Liberte tu cabeza de ese golpe,
De ese brazo feroz que levantado
Va á descargar.

MARIA STUARD.

¿Que dices? ¿Que te asusta?

QUÉNEDA.

Isabel, Isabel, ¡ó Dios; que estragos
Va á ocasionar su rabia incomparable!
Ella que en vuestro triste desamparo
Tanto en ardiente envidia se inflamaba,
Sin poder perdonar su pecho amargo
Tus tristes desvalidos atractivos,
Tu inútil nacimiento malogrado,
Tu virtud perseguida y desgraciada,
Tu ingenio en los dolores abismado,
Y aun la hiel por sus venas se estendia,
¡Ah, cuánto emprenderá con genio osado,
Al ver que vuestro triunfo se aproxima!
Ella sabrá maligna trastornarlo
Y hacer que tu desgracia la anteceda.

NÓRFOL.

No temais del destino ya apiadado:
A la fiera desdicha acostumbradas
Aun recelais de los amigos brazos

Que la felicidad al fin os tiende
 Para dormiros dulce en su regaso,
 Y en todo veis los males; mas es solo
 Que su odiosa impresion los ha copiado
 En vuestra triste vista, y por dó quiera
 Que la lleveis su aspecto estais mirando.

MARIA STUARD.

Señor, los males y aun la muerte misma,
 Que tan cerca á mis ojos se ha mostrado,
 Ya no me asustan con su odioso aspecto,
 Pero me aterra el pensamiento insano,
 De que la salud mia, destruyese
 Al generoso bienhechor bizarro,
 Que así en mi bien se olvida de sí mismo.

NÓRFOL.

Muerte seria de placer y encantos
 La que os salvase; mas perded Señora
 Ese tan generoso sobresalto.
 Isabel duerme ahora confiada,
 Creyendo que Felipe enamorado
 Aun pretende su mano desdefiosa,
 Sin temer nada del poder Hispano:
 Y cuando ya en el Támesis entraren
 Gritando destruccion las fieras naos,
 En la sorpresa y el horror perdida,
 Y en tanta confusion, y en tanto espanto;
 Ni aun podrá conocer quien la arruina;
 Ni de donde los tiros le asestaron.

MARIA STUARD.

¡Ay, que mal conoceis su perspicacia!
 ¿Pensais que nunca tan activo Árgos

Pueda ser sorprendido, y que se entregue
 Á ese sueño profundo y temerario,
 Ni que aun sorprendida se la hallara
 Sin mil recursos prontos y acertados.

NÓRFOL.

Sí, conozco á Isabel y sus talentos
 ¿Mas podrá de Felipe el fuerte brazo
 Rechazar?

QUÉNEDA.

¿Y que importa, si lo elude,
 Que nunca alcance fuerte á contrastarlo?
 Con una muerte fácil, ya consigue
 Desplomar ese solio deseado.

NÓRFOL.

No es tan fácil la muerte que recelas.

QUÉNEDA.

¿Pues quien pudiera resistir en tanto
 Que llegan esos fuertes campeones?

NÓRFOL.

Los Anglicanos pechos esforzados
 Que han jurado morir ó defenderla.
 Mis amigos leales, que inflamados
 Esperan la señal en impaciencia
 Para volar aquí, rompiendo bravos
 Los muros de opresion que á nuestra Reyna
 Maria Stuard encierran temerarios:
 Y al lado mismo de Isabel esperan.

QUÉNEDA.

Todo me inspira horror y sobresalto *vehemente*
 Un arrepentimiento miserable;
 El deseo de el premio en un avaro;

El miedo de el mas débil, todo, todo
Va á abrir sepulcros y á elevar cadalsos.

NÓRFOL.

Si supierais los fieros juramentos
Que en mi celo y mi fé depositaron;
Si supierais su amor á las virtudes;
Su horror al vicio; su valor bizarro
Yo sé que los creyéseis incapaces
De sentimientos viles, y bastardos:
Son pocos; mas su egemplo poderoso
De toda la Nacion será imitado,
Por el grande concepto que sus hechos
Inmortales les tienen conquistado:
Por la dominacion que tuvo siempre
El fuerte sobre el débil y humillado;
La virtud sobre el crimen.

QUÉNEDA.

Ya no quiero

Dudar de esos barones que buscados
Por vos han sido.

MARIA STUARD.

Mas estais seguro
De que es cierta la nueva que os han dado.

NÓRFOL.

No lo dudeis, pues vuestro insigne tio
El gran Duque de Guisa me ha enviado
Este pliego divino con Querelles;
El que al salir de Francia ha divisado
Las albas velas que la mar poblaban.
Reconoced su firma.

MARIA STUARD.

¡Ó Dios, que extraño

Placer recibo al verla!

NÓRFOL.

Mucho tiempo

En llegar á mis manos ha tardado
 Pues Querelles que ignora estas campiñas
 El bosque equivocó dó fué citado
 Para verme. Quedad mi dulce Reyna,
 Quedad tranquila que á salvaros marchó.
 A Lóndres voy á recordar activo
 A mis amigos sus deberes santos,
 Y á levantar glorioso tu estandarte.
 Ved que es fuerza reynar; que lo ha ordenado
 El destino. Subid al trono ilustre
 De tus Abuelos, y en los Anglicanos
 Resucitad la antigua edad de oro.....
 Este fuerte depósito sagrado,
 Ha de ser la atencion primera mia;
 Pues un solo momento descuidado *con inquietud*
 Pudiera malograr.... ¡que horror ó Cielos!.....
 ¡Quien ya estuviese.....!

MARIA STUARD.

Mas tened cuidado,

Señor, en que á Isabel se la defienda;
 Temed que un Pueblo fiero y desbocado
 Parricida llegára á ensangrentarse.....

NÓRFOL.

Nada temais, Señora. Mas yo parto:
 Que estos momentos útiles es fuerza
 Con obrar mas activo aprovecharlos.....

MARIA STUARD.

Señor, si esta infeliz al trono vuelve,
 ¡Cual será su placer, al contemplarlo
 Fruto de la amistad mas virtuosa!
 No os separeis de aqui, que al sobresalto
 Y al temor vuestra ausencia va á entregarme.

NÓRFOL.

Si he de tornar al punto, acompañado
 De mis fuertes amigos que os liberten,
 ¿Qué temeis? ¿no advertis.....?

ESCENA III.

MARIA STUARD, QUÉNEDA, NÓRFOL Y NAU.

NAU.

¡Ó Cielos santos!

Una inmensa legion furiosa viene
 Á este fuerte infeliz ¿será que osados,
 De Isabel los ministros impostores
 Hayan tal vez.... yo tiemblo.... mas no alcanzo

QUÉNEDA.

Llegó, hija mia, tu postrera hora; *desesperada*
 Que el alto Dios asi lo ha decretado.

NÓRFOL.

Pues una pronta huida nos liberte. *sobresaltado*
 Venid, romper sabré con este brazo
 La guardia toda.

NAU.

¿Como, si ya llegan?

MARIA STUARD.

Yo no puedo, Señor, ni dar un paso.
 Un trémulo pavor mis miembros liga
 Ay, me quedo á morir, y vos, salvaos.
 Recibid, ó Jesus, el alma mia
 Entre esos dulces paternos brazos
 Que abristeis en la Cruz.

NÓRFOL.

No; que aun anima
 Mi diestra. Dame, ó Dios, tus fieros rayos. *furioso*

ESCENA IV.

MARIA STUARD Y QUÉNEDA.

MARIA STUARD.

Si en el libro indeleble del destino,
 Ó mi Dios, ya tu mano ha señalado
 Mi muerte, que á lo ménos no perezca
 Este hombre benéfico, salvadlo:
 Él es del afligido la alegría,
 Y el consuelo de todo el desgraciado:
 Ved que la humanidad doliente y triste
 Necesita estos genios, que gozando
 En enjugar las lágrimas.....

QUÉNEDA.

Decidme, *turbada*

¿Le seguirá la guardia?

MARIA STUARD.

No, ya es vano

Todo esperar, la muerte solamente

Con su corba cuchilla.....

QUÉNEDA.

¿Mas acaso

Esa tropa no pudo haber venido

Á otros fines? yo voy á averiguarlo,

Esperad que al momento.... mas ¿qué escucho?

Ellos son, que se acercan temerarios.

ESCENA V.

MARIA STUARD, QUÉNEDA Y NÓRFOL *ensangrentado*.

NÓRFOL.

Huye de tus verdugos, triste Reyna,
Salva tu vida.

QUÉNEDA.

Ven.

Quéneda saca á Maria Stuard de la Escena.

ESCENA VI.

NÓRFOL, NAU Y DOS CRIADOS.

NAU.

Señor ya estamos

Á tu lado otra vez, muramos juntos.

NÓRFOL.

No; seguid á la Reyna, pues acaso *precipitado*
La podreis estraer. Ellos se acercan,
Pero aun me queda vida, y largo espacio,
Los podré detener.

ESCENA VII.

NÓRFOL, EL CONDE DE KENT, DOS OFICIALES
Y SOLDADOS INGLESES.

Nórfol quiere hacerse fuerte en la puerta por donde se retiró Maria Stuard, pero los Soldados que atraviesan la Escena precipitadamente, entran por ella confundiéndose con él: quedando otros en la misma por donde han venido.

KENT.

Por esta entrada

Á ninguno admitais, quedad soldados;
Nadie penetre aquí, pues aun recelo
Nos quieran sorprehender los conjurados.

ESCENA VIII.

LOS DOS OFICIALES Y TROPA DE LA ESCENA
ANTERIOR.

OFICIAL SEGUNDO.

¿Con que esa fuerza inmensa de Felipe,
Que, *invencible*, la Europa ha nominado,
Viene contra Albion?

OFICIAL PRIMERO.

¿Pues aun lo dudas?
Isabel preventiva ya ha tomado
Los mas sabios recursos, pero teme,
El miedo mas horrible la ha postrado.

ESCENA IX.

LOS MISMOS Y LICESTRES *fuera de la Escena.*

LICESTRES.

¿Como osais detenerme?

UN CENTINELA.

No es posible;

Á nadie, á nadie se permite el paso.

LICESTRES.

Ved que importa mi entrada á nuestra Reyna,
Que á este fuerte, de Lóndres, me ha enviado.

OFICIAL PRIMERO.

¿Que es esto? ¿vos Señor? (1) dejadle. (2)

LICESTRES, *en la escena.*

Amigo;

En presa del mas bárbaro cuidado,
Nuestra Reyna Isabel, aqui me envia
Á evitar el castigo sanguinario,
Que dictó su despecho en un peligro:
Pero ya que de él se encuentra á salvo.....

OFICIAL PRIMERO.

¿Como á salvo, Señor?

LICESTRES.

Los uracanes

Y el furor de Natura, peleando
Por la Reyna Isabel, han destruido
Esas inmensas y soberbias naos:

(1) *A Licestres.* (2) *Al Centinela.*

Las unas rotas entre duras peñas;
 Otras clavadas en gredoso fango;
 Otras hundidas en el seno horrible
 Del espantoso Océano ensañado.....
 Toda esa fiera Escuadra ha perecido.
 Jamas han escuchado los humanos
 Tan bárbaro desastre, tan completo.
 Mas Isabel confusa al escucharlo
Parte, me dice, sálvame Licestres
De los remordimientos mas amargos;
Sálvame activo de un puñal horrible,
Que en mis tristes entrañas se ha clavado,
T que al sepulcro mismo me siguiera:
Salva á Maria Stuard, y á mis vasallos
Los que su triste causa protegieron.
T ya que así el destino me ha librado,
Hazme mas grande y del laurel mas digna.
 Mas y el Conde de Kent.

ESCENA X.

EL CONDE DE KENT, LICESTRES, LOS DOS
OFICIALES Y TROPA.

OFICIAL PRIMERO.

Señor, miradlo.

KENT.

Ya está vengada nuestra augusta Reyna.

LICESTRES.

¡Que escucho cielos!

El feroz y osado

Duque de Nórfol.... yo no ví en mi vida
 Tan valeroso ni tan fuerte brazo.
 Un leon de la Libia no es tan fiero,
 En seis guerreros nuestros se ha vengado,
 Y al fin cayó diciendo, *no ofenderla*,
 En mil y mil heridas espirando.
 Aun fieles sus criados y valientes,
 Y un miserable temerario anciano,
 Armados, á Maria defendian,
 Pero tambien cayeron destrozados.
 Á esa Reyna infeliz, yo le traia
 Méenos violenta muerte, mas fué en vano
 Quererla suspender, pues confundida
 Entre sus defensores, los soldados
 La llenaron de heridas horrorosas.
 Al ver su hermoso cuello de alabastro
 En humeante sangre reteñido,
 Al mirar su semblante soberano,
 Dó tan rara hermosura se ostentaba,
 Al dolor y á la muerte abandonado,
 Pero aun con débil abatido acento
 En su socorro á Quéneda llamando,
 No pude resistir; torné la vista....
 Mas al fin nuestra Reyna lo ha mandado,
 Y su seguridad así lo exige.

LICESTRES.

¡Que rabia está mi pecho destrozando!

OFICIAL PRIMERO.

¡Ved, Señor, que desgracia! Nuestra Reyna

Á Maria Stuard ha perdonado,
Y por eso Lcestres presuroso....
¡Mas ah que horror!

KENT.

¡Que veo!

LICESTRES.

¡Cielos Santos!

ESCENA XI.

TODOS LOS ANTERIORES Y MARIA STUARD,
ensangrentada.

MARIA STUARD.

Quéneda, llega que tu hija espira.
¿Me negarás los compasivos brazos?
¡Tambien tú me abandonas á la angustia
De este trance tan bárbaro y amargo!
¡Ó mi Dios! *Quiere apoyarse, y cae.*

KENT.

Que la busquen; que parezca;
¡Quien pudiera aliviarla en tal quebranto!

ESCENA XII.

MARIA STUARD, LICESTRES, KENT, OFICIAL
PRIMERO Y TROPA.

MARIA STUARD.

¿Porqué en sus dulces brazos no recibe,
Mi Quéneda, este pecho destrozado

Que por las duras lozas se revuelca?
 Nau, Quéñeda, vos me habeis dejado
 Abandonada, mas despues..... al ménos.... *muere*

Habrá una pausa.

LICESTRES.

á Kent.

Examinadla vos, ved si ha espirado.

KENT.

¡Ay Señor! ya cesó su triste aliento
 Y ya la muerte con estrecho lazo
 De inanimado hielo ató su lengua
 Para siempre jamas.

Otra pausa.

OFICIAL PRIMERO.

¡Que horrible hado
 Se fijó en esta triste hermosa Reyna,
 Y duro, y enojoso, y obstinado
 Despues de tanto afan y tanta angustia
 Le da tan crudo fin!

ESCENA XIII.

LOS ANTERIORES Y EL OFICIAL SEGUNDO.

OFICIAL SEGUNDO.

Señor, he hallado
 Á esa fiera muger, que despertaba
 Del horroroso sueño de un desmayo,
 Y en furibundos gritos..... mas miradla.

ESCENA XIV.

LOS DE LA ESCENA ANTERIOR Y QUÉNEDA
sin ver el cadáver de Maria Stuard.

QUÉNEDA, *furiosa.*

Vuestra Reyna será furor, espanto,
Indignacion á las edades todas,
Afrenta de Albion y sus esclavos,
Oprobio de los Reyes y del Orbe,
Confusion de los míseros humanos,
La maldicion eterna de los siglos:
Pero sabed, ministros sanguinarios
De su maldad, que mi rencor os jura
Librar la tierra de ese monstruo odiado:
Todo el que escuche el poderoso grito
De la virtud por mí será invocado,
Y prestará su esfuerzo á la justicia,
Y prestará á mi cólera su brazo;
Y en tan vil pecho la inocente sangre
De Maria Stuard al fin vengando.....

OFICIAL SEGUNDO.

Pues muere desdichada. *amenazándola.*

KENT.

No: teneos.

Perdonad su dolor desesperado.

F I N.

RECIBO

Por el presente se ha recibido de don Juan de Dios y su familia

la suma de

cinco pesos y cinco reales

por el pago de la renta de

la casa que se encuentra en

la calle de San Juan de los

Rios, número 12, de la ciudad

de México, D. F.

En fe de lo cual se firmó en

la ciudad de México, a los

veinte y cinco días del mes

de mayo de mil ochocientos

y cinco años.

Yo, don Juan de Dios y su familia,

firmo en la ciudad de México,

a los veinte y cinco días del

mes de mayo de mil ochocientos

y cinco años.

Yo, don Juan de Dios y su familia,

firmo en la ciudad de México,

a los veinte y cinco días del

mes de mayo de mil ochocientos

y cinco años.

Y. L. N.